

Psicoanálisis y malestar humano

"yo elegí no elegir la vida

yo elegí otra cosa,

y las razones?

no hay razones.

¿quién necesita razones cuando tenés heroína?"

Trainspotting

Factores sociales del consumo de tóxicos

La cita en el inicio corresponde a la mencionada película británica de 1996, donde un grupo de jóvenes adictos a la heroína, plantean con su modo de vida una crítica a la sociedad hipócrita que marca lo que se debe hacer para ser feliz.

Los grandes cambios operados por los procesos de globalización del posmodernismo han transformado el espacio simbólico cultural donde la subjetividad se estructura. Esto trae consecuencias: una nueva sociabilidad que depende del mercado capitalista y consumista. La droga es tan solo, uno de tantos objetos que el mercado ofrece para consumir. También la velocidad, el juego, forman parte de este universo que exige a las personas estar socialmente adaptadas. Cualquier insatisfacción parece algo que debe solucionarse.

Hay algo que puede denominarse "fetichismo de la mercancía", ya que el hombre busca su realización en las relaciones con sus objetos

de consumo, y no en las relaciones con sus semejantes, a través de lazos sociales.

La ciencia y los avances tecnológicos que intentan controlar la naturaleza: el nacimiento, la vida, la vejez, la enfermedad y la muerte. La reivindicación del sujeto adicto a acallar el malestar de esa forma aparece legitimada en nuestra sociedad hedonista, replegándose al ámbito privado.

La práctica psicoanalítica lleva a ubicar el tema en el contexto de las condiciones de la subjetividad de la época. Quiere decir que las adicciones constituyen tanto un síntoma social que denuncia las condiciones del malestar en nuestra cultura además de un padecimiento personal.

Ante la degradación de los intercambios promovida por un nuevo modernismo social donde debe preceder la felicidad individual por objetos adaptados a necesidades, todos somos adictos en potencia, y a todo. Las sustancias "generadoras" de adicción revisten todos los tópicos de la vida humana desde los más "perniciosos" hasta los más "saludables": alcohol, sexo, drogas, hidratos de carbono, pero también trabajo y actividad informática.

Estas patologías nos introducen en los huecos infernales que el progreso va dejando, convirtiéndose en un tratamiento del dolor y el sufrimiento que más se parece a una sustancialización de los problemas que a la búsqueda de su causa. Todo parece esperarse del objeto, nada del sujeto. Sujeto compelido a elegir, a reconocer no su deseo, sino objetos para su deseo. La pregunta ya no es ¿por qué algunos sujetos se tornan consumidores y otros no?, sino: ¿por qué algunos consumidores se tornan adictos y otros no?

Un esbozo de respuesta sería que algunos siguen contando con el recurso del habla y de la reflexión. Pueden tener una distancia con respecto a los objetos que consumen, sabiendo que estos no obturan

una falta que es constitutiva del sujeto humano y que es imposible de llenar.

Una sociedad donde deben borrarse las dificultades y asperezas, todo el discurso publicitario trabaja en este sentido: publicitando objetos que "otorgarían la supuesta felicidad perdida". Como si fuera posible una vida sin dificultades, sin diferencias, sin rechazos, sin agujeros.

El aburrimiento, el hastío, la falta de incentivos y proyectos, la ausencia de entusiasmo e ideales son características sociales de esta época. Facilitadoras para que un joven no encuentre, en el estudio, en el deporte, en el trabajo, en el arte, el desafío y el aliciente suficientes como para sostenerse.

No sólo la droga, sino la comida, la velocidad, la informática, y toda una serie de objetos que la sociedad ofrece pueden convertirse en los recursos utilizados por un sujeto para aturdirse y borrarse. Detrás de cualquiera de estas impulsiones, lo que aparece es un borramiento del sujeto que evita así la pregunta por su existencia, por su realidad. Ser ahora anoréxico, bulímico, adicto, no es más que una respuesta eficaz para detener un tiempo la verdadera pregunta por la existencia que, a veces se revela como angustia. Dichos "rótulos" producen un efecto tranquilizador.

"Soy adicto", entonces, es un enunciado común para consolidar la evasión de la pregunta por el ser. La toxicomanía maquilla dicha cuestión enarbolando una identidad supuesta que posee sólo el valor de una máscara, la que deberá caer para que las verdaderas preguntas del sujeto se hagan oír.

Un goce mudo

Con la llegada del Posmodernismo, asistimos a una ausencia de ideales; se dejó de creer en ellos. Ya no se cuenta con la fuerza del lazo social. Las personas piensan en presente, es difícil armar proyectos hacia un tiempo futuro. Ahora el ideal es el propio cuerpo, está en todas partes, como una obsesión. El dolor físico se calma con drogas. Y toda la ciencia está al servicio de eso: al servicio de la desaparición del deseo. Porque hablar deja al sujeto en falta, y se habla cada vez menos. Celulares, cibernética, WhatsApp, chat. Se habla lo menos posible en presencia de otros o sólo se hace por audios. Por lo tanto, la angustia desaparece, o parece desaparecer. No hay tiempo para los duelos. Un amor se termina y debe reemplazarse por otro. O mejor, no amar; la soledad y el encierro de los sujetos en sus narcisismos, es algo común en este tiempo.

Personas que sólo se comunican mediante WhatsApp o mensajes de audios o textos, o el chat. Esta supuesta comunicación puede corregirse, borrarse, y escribirse de manera más adecuada; ocultando de este modo la falta y el error inherente a todo lazo humano. En los últimos años el uso del WhatsApp ha modificado todo tipo de vinculación humana, hasta el punto de reemplazar los encuentros personales y grupales con la posibilidad de los audios y de la constitución de grupos amistosos, de trabajo y otros. Grupos, que, si no fuera por esta herramienta digital, no existirían.

Como propone Zygmunt Bauman (2005) con su categoría de "modernidad líquida" con la que intenta dar cuenta de la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y privatizada, marcada por el carácter transitorio y volátil de sus relaciones. El autor señala que el amor se hace flotante, sin responsabilidad hacia el otro, se reduce al vínculo sin rostro que ofrece la Web. Según el

sociólogo esa situación de perpetua inestabilidad tiene efectos sobre la identidad.

Gérard Pommier dice en *"Los cuerpos angélicos de la Posmodernidad"* (2002) que vivimos una época donde los sujetos hablan cada vez menos. El chat, el uso del celular, la cibernética, dan cuenta de esta innecesariedad del habla en presencia de otros.

Las nuevas subjetividades del Posmodernismo dan cuenta de ciertas "patologías", donde las impulsiones están a la orden del día: anorexias, bulimias, adicciones a drogas, a la velocidad, al alcohol, al juego, en definitiva, a todo tipo de objetos materiales.

Del mismo modo, los cambios producidos en la actualidad señalan otras nociones de "adolescencia". Nuevos estilos, modas, músicas, hábitos de consumo, distintas extracciones socioeconómicas identifican y dan un sentido de pertenencia a los jóvenes, que conforman, a su vez, "tribus" diferentes.

El avance de la tecnología y la cibernética produce a su vez, un acortamiento virtual de las distancias, una aceleración de los tiempos, y en consecuencia una nueva subjetividad se ha instalado. Los tiempos que no pueden apresurarse, necesarios para elaborar duelos y pasajes de una etapa a otra y los espacios físicos para el encuentro con otros, son eliminados, forcluidos.

Ya no es imprescindible conversar con otros: el mensaje de WhatsApp, de texto, el audio que puede ser grabado y borrado infinidad de veces, el chat, son suficientes para contactarse con otras personas. Los cuerpos tatuados, el pearcing, la ausencia del relato, indican que el habla dejó de tener consecuencias. Hablar sólo puede hacerse en presencia de otro cuerpo; esto es lo que introduce una dimensión de la falta y el deseo. Con la llegada del Posmodernismo se produjo un repliegue de los sujetos hacia su narcisismo, antes nunca visto.

La ausencia de deseo, el tedio, el aburrimiento son las nuevas problemáticas que presentan los adolescentes. O también, la hiperactividad, sin poder detenerse, pasando de una actividad a otra. Bulimia, anorexia, marcas y perforaciones en el cuerpo, droga, alcohol, impulsiones, no son los síntomas característicos de la neurosis de transferencia, tal como Freud los describió. Estas nuevas formas del sufrimiento humano, representan la mudez del deseo, un cuerpo que aún no ha abandonado el narcisismo, con marcas hechas en lo real porque una marca simbólica no fue suficiente.

Afectos, angustia, fantasía, pensamientos, aparecen con dificultad o parecen estar ausentes. La ciencia, lo virtual, reemplazan al padre. Una tristeza se calma con un medicamento, cuando de lo que se trata es de hacerla hablar. ¿Es posible existir sin cuerpo? Como sostiene Paula Sibilia (2009)

en este contexto.....el cuerpo humano, en su anticuada configuración biológica se estaría volviendo obsoleto. Intimidados y seducidos por las presiones de un medio ambiente amalgamado con el artificio, los cuerpos contemporáneos no logran esquivar las tiranías y las delicias.....Un nuevo imperativo es interiorizado: el deseo de lograr una total compatibilidad con el tecnocosmos digital. ¿Cómo? Mediante la actualización tecnológica permanente. Se trata de un proyecto sumamente ambicioso, que no está exento de peligros y desafíos de toda índole: valiéndose de los sortilegios digitales, contempla la abolición de las distancias geográficas, de las enfermedades, del envejecimiento, e, incluso de la muerte.....El ser humano, la naturaleza, la vida y la muerte atraviesan turbulencias, despertando todo tipo de discusiones y perplejidades....

.....estaríamos ingresando en una nueva era comandada por la evolución *posthumana* o *postevolución*.....(Sibilia, 2009)

Socialmente hay un derrumbe de ideales, una disolución del futuro, los sujetos viven en un presente sin poder construir un proyecto para un tiempo futuro, esta es la nueva subjetividad vacía de sentido. Un adolescente y a veces, también un adulto, se preguntan: "¿qué futuro?", "¿para qué?".

Freud diferencia dos instancias: el "yo ideal" y el "ideal del yo" (1986), como resultado del pasaje del sujeto por el Complejo de Edipo. El "yo ideal", relacionado con la demanda materna, y el "ideal del yo" es el ideal paterno que alivia e impulsa al sujeto hacia el futuro. Esta novela familiar subjetiva va de la mano de ficciones sociales más o menos comunes a todos los sujetos. La posibilidad proyectarse a futuro concierne a aquellos que están en relación al "ideal del yo" y esto está en declive. Como consecuencia, las personas no pueden encontrar anclajes en la vida, construir proyectos, soñar con ideales y que estos permitan caminar hacia algún lado.

De un goce intolerable al dolor de existir

Los "quitapenas".

La etimología de la palabra adicción proviene del latín *addictus*, (dedicado o adjudicado a, o entregado legalmente). Designó en la Edad Antigua del Imperio Romano a un esclavo que era en principio un hombre libre, pero podía convertirse en esclavo temporal o permanente de otro a quién era entregado para saldar sus deudas. Ese otro se apropiaba de su trabajo para cobrarse la deuda enorme e imposible de pagar. Esta acepción puede definir correctamente la situación de esclavitud que padece aquél que se aferra y se entrega al consumo de tóxicos sin poder controlar tal situación. Tal como sucede en muchos de los pacientes que llegan a una consulta. Asimismo, y desde una perspectiva semántica se ha considerado que el prefijo negativo "a" promueve la traducción del término como *sin decir o sin palabra*.

Ambas connotaciones terminológicas explican que en un psicoanálisis se trabaje para que una persona pueda liberarse de las ataduras que lo esclavizan a un objeto tóxico. Del mismo modo que pueda decir

aquello que está sin decir. "*Yo soy drogadicto*" es una carta de presentación, que da una identidad. El trabajo a realizar es que se despliegue en el decir, la historia familiar y social.

El psicoanálisis ubica un estilo de tratamiento de los problemas, donde el instrumento es la palabra que se despliega en un dispositivo analítico: que cada consultante pueda decir sobre su malestar. Quién por palabras está ligado al malestar, puede empezar a pensar que por palabras puede desatarse y desligarse de sus imposibilidades.

En el "*Malestar en la cultura*" (1986 a), Freud se refiere a las sustancias embriagadoras y los "quitapenas" como aquellos recursos con los cuales es posible sustraerse de la realidad y refugiarse en un mundo propio.

La vida, como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla, no podemos prescindir de calmantes.

Los hay, quizá, de tres clases: poderosas distracciones, que nos hagan valuar en poco nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas, que la reduzcan, y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas. (Freud, 1986 a)

Entre las poderosas distracciones podemos ubicar al arte, la actividad científica, el amor, ilusiones respecto de la realidad, pero que resultan efectivas psíquicamente.

La alegría del artista en el acto de crear o la que encuentra el investigador en la solución de problemas son recursos psíquicos para evitar el displacer. Además, Freud incluye en esta serie a la religión como una protección contra el sufrimiento.

Otra forma de satisfacción sustitutiva son los recursos de la neurosis de transferencia: síntomas, sueños, lapsus, chistes. Pero no todos los sujetos cuentan con estas posibilidades y algunos recurren a un método más tosco, pero más eficaz: que es la intoxicación.

El trabajo a realizar en un análisis es posibilitar las otras dos salidas de las que habla Freud:

- ✚ las satisfacciones sustitutivas: síntomas; es luego de un arduo trabajo y, el más importante a realizar en un tratamiento, que llegamos a esta posibilidad.
- ✚ Las poderosas distracciones: sublimación, trabajo, deportes.

No hay posibilidades tratándose de Salud Mental de ofrecerle a nadie una vida sin angustias, sin desgarros. El sufrimiento es inherente a la vida misma; este amenaza desde tres lados: desde el cuerpo propio, desde el mundo exterior, con aquellas fuerzas de la naturaleza que no podemos controlar, y por último, los vínculos con otros seres humanos, tal vez, la principal fuente de dolor. Frente a esto, algunos sujetos se sustraen de la realidad, y se refugian en un mundo propio, con ayuda de los "quitapenas" o tóxicos embriagadores. Pensar en la temática de las adicciones nos invita a reflexionar acerca de las modalidades empleadas por el psiquismo para tramitar el dolor.

‘A’ es un paciente que hizo su primera consulta ya hace unos cuantos años: Lo preocupaba su adicción a drogas, pastillas, cocaína, marihuana. Estaba terminando la escuela secundaria. Su consumo, mayormente, era con amigos, cuando salía los fines de semana. Todos sus amigos lo hacían y él no podía oponerse. Mediante la droga conseguía modificar su estado de ánimo: se alegraba, y podía acercarse a una mujer, y hablarle.

El ejemplo anterior relata uno de los motivos frecuentes en que los adolescentes consumen drogas, con sus amigos, es algo que los identifica, y les da una pertenencia al grupo. Además, ocultan la inhibición que les produce acercarse al otro sexo.

El paciente mencionado estaba terminando la escuela secundaria y tenía que elegir una carrera a seguir. En el transcurso del

tratamiento, no sin la existencia de momentos difíciles, fue encontrando otros recursos, para soportar el “dolor de existir”, no sólo la vía sintomática, ya que como cualquier neurótico no está exento de síntomas, sino que también ha encontrado un recurso en el arte, en la militancia política, y en el amor.

Este ejemplo clínico, que será desarrollado más adelante, da cuenta de cómo el objeto tóxico puede estar en el lugar de la pregunta de un sujeto por su existencia. La búsqueda del adicto no se diferencia de la nuestra. Tanto él como nosotros nos enfrentamos al dolor de existir. Pero él encontró un objeto que ahoga este dolor.

Para el Psicoanálisis la toxicomanía no es una estructura clínica independiente, sino que es una de las tantas modalidades que pueden encontrarse en las tres estructuras: neurosis, psicosis y perversión. Los tóxicos aparecen en las diferentes estructuras y tienen una función diversa. Es en la clínica del caso por caso donde podemos encontrar cuál es la función de la droga para ese Sujeto singular.

Es por esto que no es posible generalizar, como lo hacen las llamadas Campañas de prevención, haciendo hincapié en el “uso adecuado del tiempo libre”, en la “educación para la vida”, en la “buena comunicación”, ya que las personas aún sabiendo esto, consumen drogas.

El graffiti que dice:

“la droga mata lentamente....

no importa, no tengo apuro...”

es un buen ejemplo de esto.

Todo el tiempo llegan a la consulta personas que han deambulado por distintas granjas o comunidades terapéuticas, donde el tratamiento propuesto para la adicción es la incorporación de creencias y valores religiosos, de normas de convivencia estrictas, pero no hay interrogantes sobre las causas individuales que lo llevaron al consumo de drogas. En algunos casos graves hay un resultado positivo, en el sentido que la persona deja la droga, pero se vuelve "adicta a Dios", y en otros casos, las personas siguen con el consumo, y con las preguntas, aún sin respuestas que lo llevaron a él.

El discurso social del capitalismo identifica al sujeto por su hacer: el que se droga es nombrado drogadicto. De ahí la afirmación identificatoria: *soy drogadicto*. Para el Psicoanálisis no se trata de sumarse al discurso social nombrando drogadicto al que se droga, ni de hacer "asumir" al alcohólico que es tal (posición del discurso social encarnada por Alcohólicos Anónimos) porque el Psicoanálisis pone en cuestión las identificaciones del sujeto, cualesquiera sean ellas.

Compulsión de repetición y trauma

Se puede esbozar una comprensión más acertada del problema si pensamos con Freud, que la droga cumple alguna función en el tratamiento del dolor para ese Sujeto. El análisis de pacientes nos indica que hay algo del orden de la compulsión de repetición, de lo traumático, de lo que aún no ha sido simbolizado psíquicamente.

No se trata de un síntoma, en el sentido de lo que constituye un síntoma para el psicoanálisis, como retorno de lo reprimido, como una formación del Inconsciente. No se rige por las leyes de la condensación y desplazamiento, sino que es algo del orden de la impulsión, que no ha entrado en la cadena significativa.

En "Más allá del principio del placer" (1986), Freud teorizó por primera vez su concepción de la *pulsión de muerte*, quedando así una nueva dicotomía entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, y llamó en esa obra la atención sobre la "compulsión de repetición" (Freud, 1986) como fenómeno clínico. Relata un ejemplo del juego de un niño de 1 año y medio, que arroja una y otra vez un carretel lejos de sí, para traerlo luego hacia él. Es el llamado "Fort - Da" (Freud, 1986). El niño intenta mediante este juego elaborar el alejamiento de su madre, que de ningún modo es aceptado agradablemente por él.

¿Cómo puede ser que el sujeto repita una y otra vez, aquello que es displacentero para él? se pregunta. De la misma manera, cuando el niño pide una y otra vez, que se le cuente el mismo cuento.

Freud hace alusión en este texto a las neurosis traumáticas o neurosis de guerra (escribe esto posteriormente al final de la Primera Guerra Mundial) y encuentra que hay sueños, los *sueños traumáticos* que serían una excepción al sueño como cumplimiento de deseo. Estos sueños traumáticos tendrían una función: ligar psíquicamente una impresión traumática. Obedeciendo a la *compulsión de repetición*, el Sujeto repite una y otra vez, lo quiera o no, aquello que ha sido traumático para él. Y esto está más allá del Principio del placer, está en relación a la pulsión de muerte.

Lacan se pregunta en el Seminario 11 "Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis" (1993) por el estatuto de la repetición en relación a lo real. Y dice que la repetición tiene que ver con el orden de lo "no realizado" Hay un automatismo de repetición, algo que se impone, lo quiera o no el sujeto. Y esto tiene que ver con las impulsiones. Esto que se impone está en relación a lo real traumático. Aquello que el sujeto aún no ha elaborado psíquicamente y que es el trauma para ese sujeto. Cada sujeto tiene una interpretación de lo que ha sido traumático para él. La compulsión de

repetición es un ataque de la pulsión sobre el sujeto ante la cual no hay libertad ni elección, sólo se puede responder con un doliente: "oigo".

Falta de confianza en las palabras

Escuchamos en la práctica clínica con adictos, su falta de confianza en las palabras. Preguntan: "¿en qué consiste el tratamiento? ... ¿en hablar?... pero... ¿eso sirve para algo?"

Pacientes impulsados a actuar, a no detenerse, a "desbordarse". Como dice 'J' .: "*se me salió la cadena*". Desde que se levanta, no para, trabaja, ni siquiera se detiene para almorzar. A veces, no viene a la entrevista porque "*sigue de largo*" con su trabajo. Su novia lo llama todo el tiempo para pedirle esto o aquello, su padre también, sus hermanos también, y él nunca dice "no". Hasta que se le sale la cadena y empieza a tomar sin parar, coca, alcohol. Hasta que cae rendido.

El trabajo analítico consiste en que pueda ubicar estas cuestiones a las que no le puede decir no, pero que lo molestan, que lo distraen de su deseo. Su deseo, que casi nunca pensó de qué se trataba. Con dificultad, poniendo palabras a esto que le duele, que lo angustia, pero que se acostumbró a calmar con coca, va pensando en algunas cosas que quiere hacer.

El anudamiento a la palabra puede operar acotando el dolor. La ley de la palabra, la ley de la prohibición del incesto, es la que anuda al sujeto a la culpa y a la deuda. Cuando el sujeto no cuenta con este recurso de la palabra, de hablar a otros, aparece un Súper Yo obsceno y feroz, que ordena, que ordena gozar.

¿Por qué en algunos sujetos el dolor de existir adquiere una intensidad tal que requiere de una sustancia que lo mitigue?

En el "Proyecto de Psicología" (1992 a), obra escrita en 1895, pero publicada recién en el año 1950, Freud hace referencia a la cantidad de energía, como algo importante en el funcionamiento del aparato psíquico. Este podría no estar preparado frente a la afluencia de una gran cantidad de estímulos. Lo que ocasionaría un efecto traumático para ese sujeto. Es así como concibe al dolor, la irrupción de grandes cantidades de energía que desbordarían al aparato psíquico. Habla del dolor como una forma de "hemorragia", un agujero en el psiquismo. Señala que cuando la tensión provocada por la insatisfacción de una pulsión es insoportablemente grande, deben intervenir otros medios de "defensa" como la acción de los tóxicos.

Ya en 1884 en su artículo "De la coca" (Freud, 1980), puso en evidencia la acción de la cocaína sobre las afecciones dolorosas, dando cuenta de esta manera, cómo el dolor puede experimentar una cancelación tóxica. Este dolor no es sólo corporal. En "Inhibición, Síntoma y angustia" (1993), describe al dolor como la "*genuina reacción frente a la pérdida del objeto*", tomando como ejemplo la reacción del lactante frente a la ausencia de la madre. Dice que este *dolor psíquico* ocasionado por la pérdida del objeto, toma como modelo al *dolor corporal*. Dice que los dos engendran el mismo estado de "*desvalimiento psíquico*". (Freud, 1993)

Este estado de "*desvalimiento psíquico*", es algo evidente en los pacientes adictos, cuando se encuentran en estado de abstinencia, hay una reaparición de todos los dolores que el cuerpo anestesiado no percibía ya, y del dolor psíquico como aquello que le resulta intolerable. El "*dolor de existir*", es increíblemente grande.

Esta operación del *farmakon* (Le Poulichet, 1990) que realiza la droga, es la que produce una "cancelación tóxica" del dolor, por una insuficiencia de la función simbólica.

Este cuerpo demasiado presente, del cual el adicto se ocupa permanentemente, produce un retiro del mundo exterior y un repliegue narcisista. Es común que no se interese por sus objetos de amor ni lazos sociales en general. Paradójicamente, se produce un borramiento del Sujeto, donde se desinteresa de un otro como interlocutor. Por eso es tan difícil el establecimiento de la transferencia en el trabajo analítico.

Bibliografía

Bauman, Z. (2005). *Modernidad líquida*. Bs. As., Argentina: Editorial Fondo de Cultura Económica.

Freud, S. (1986 a). "El malestar en la cultura" en Freud, S. *Obras Completas*. Tomo XXI (pp. 57 a 140). Bs. As., Argentina: Amorrortu editores.

Freud, S. (1993). "Inhibición, síntoma y angustia" en Freud, S. *Obras Completas*. Tomo XX (pp. 71 a 164). Bs. As., Argentina: Amorrortu editores.

Freud, S. (1986 b) "Introducción al narcisismo" en Freud, S. *Obras Completas*. Tomo XIV (pp. 90-91). Bs. As., Argentina: Amorrortu editores.

Freud, S. (1986). "Más allá del principio del placer" en Freud, S. *Obras Completas*. Tomo XVIII (pp.1 a 62) Bs. As., Argentina: Amorrortu editores.

Freud, S. (1980). "Über coca" en Byck, R (ed.) *Escritos sobre la cocaína*. (pp. 91-122). Barcelona, España: Anagrama.

Gangli, Cecilia (2008). *Bulimia, Anorexia, Adicciones...* Disponible en www.campopsi.com/CeciliaGangli

Heinrich, H. (1996). *Cuando la neurosis no es de transferencia*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.

Lacan, J. (2007). Seminario 7. *La ética del Psicoanálisis*. Bs. As., Argentina: Paidós.

- Lacan, J. (2007). Seminario 10. *La angustia*. Bs.As., Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1993). Seminario 11. *Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Bs.As., Argentina: Paidós.
- Le Poulichet, S. (1990). *Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*. Bs. As., Argentina: Amorrortu editores.
- Pommier, G. (2002). *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*. Bs. As. Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Sibilia, P. (2009). *El hombre postorgánico: Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Bs. As., Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Somenzini, J. (2005, 22 de Enero). "Lo que le pasa a un adicto".
Disponible en www.campopsi.com/CeciliaGangli
- Altomare, D. (2008, 26 de Junio). "Mercadotécnica adictiva".
Disponible en www.campopsi.com/CeciliaGangli